

los muy pocos de que podía disponer á la organización del cuerpo de ejército con que intentaba emprender la campaña contra Puebla y México, establecí el 2 de Diciembre de 1866 una academia de educación secundaria para niñas, que fué la primera que se organizó en los Estados de la República, y á la cual he tenido la satisfacción de ver después prosperar grandemente.»

El militar, en aquellas circunstancias, atendiendo á la descuidada educación de la mujer, mostraba al estadista de altas miras, de concepciones profundas, y siempre al hombre de gran corazón, amante de su patria.

Pero las bandas dan el toque de marcha y las tropas forman. El general Díaz se pone á su frente y, como hemos dicho, el día 12 del citado mes y año, Diciembre de 1866, desfila por las calles de la ciudad, y en columna de viaje toma el camino de Tehuantepec.

Tal derrotero le marcaban las necesidades de la guerra.



XXVII

**El general Díaz abre campaña en Tehuantepec. Regresa á Oaxaca
y se prepara para dirigirse al interior
de la República, de cuya situación se da una idea general.**

1866-1867

EL general Díaz llevaba hacia Tehuantepec, por objetivo, la fuerza enemiga que era á las órdenes del general D. Luciano Prieto, quien falleció en tanto que él marchaba á abrir campaña en su contra, ó á procurar su sumisión, que, por algunos antecedentes, llegó á juzgarse posible. Lo substituyó luego en el mando el coronel D. Remigio Toledo, que al empezar el año de 1865 había defecionado, pasándose con alguna tropa que era á sus órdenes al servicio del llamado Imperio.

Después del fallecimiento de aquel jefe, importaba activar más las operaciones, pues á Toledo era preciso vencerlo á fuego y sangre, y el general Díaz tenía contado su tiempo para esa campaña, puesto que habría de hacerla en tanto que efectuaban su organización en Oaxaca las fuerzas con que emprendería serias operaciones al interior de la República, con el fin de que, al lanzarse á fondo en ellas, no le quedara enemigo á retaguardia.

En tal concepto, el 18 de Diciembre llegó á Jalapa desde Tehuantepec, hallándose la fuerza enemiga, en número de 1.300 hombres, en la ciudad cabecera del mismo Tehuantepec, que tal nombre lleva.

La relación que hace el general de ese suceso, dice así:

«Ejecuté mi marcha sin novedad hasta Jalapa, ocho leguas antes de llegar á Tehuantepec, y allí supe por mis exploradores que el enemigo tomaba posiciones ventajosísimas en un lugar llamado El Tablón, á la margen izquierda del río de Tehuantepec. En consecuencia, al emprender mi marcha el día siguiente, 13 de Diciembre, hice una desviación á la izquierda, tomando el camino que conduce á Guevea por La Chitova, con objeto de evitar el paso por un camino hondo, con altura ocupada por el enemigo á un flanco y con el río al otro. Por tal medio podía ocupar la ciudad de Tehuantepec, sin combatir caso de que Toledo siguiera en sus posiciones, ó si las abandonaba para evitármelo, lucharíamos en terreno que no fuese ventajoso para él.»

Como el coronel Toledo tenía avanzadas que dominaban el terreno donde el general Díaz operaba, se apercibió de su movimiento de flanco, y luego tomó su retaguardia y de un modo decidido

siguió tras ella. El jefe republicano se limitó á tirotear la cabeza de columna del enemigo, sin suspender su marcha.

Encuentra al paso un arroyo que atraviesa el camino que llevaba, y allí deja colocado oculta-mente, hacia un costado del mismo, al batallón Libres de Oaxaca, á las órdenes del coronel D. Félix Díaz, con instrucciones de atacar por la espalda á las fuerzas imperialistas, una vez que pasaran, y que las principales del general en jefe dieran media vuelta sobre ellas.

A poco, siempre con las fuerzas contrarias en su seguimiento, el citado general en jefe llega á un lugar despejado de monte, que, aunque en plano inclinado, se prestaba para la lucha, llamado «La Chitova,» y allí vuelve caras de improviso, y el trueno del cañón anuncia al coronel D. Félix Díaz que había llegado el momento de obrar con su batallón; y lo hace tan bravamente, que luego da á fondo una carga á la bayoneta, en tanto que las tropas de vanguardia ejecutaban cosa semejante.

Tomado así Toledo por el frente y la espalda, de improviso y rudamente atacado, buscó su salvación penetrando al espeso monte, que apenas daba paso, pues consistía en apretado chaparral de *uña de gato*, que produce una espina curva, aguda y dura, que da ese significativo nombre á tal arbusto. Sus soldados, á la desbandada, imitaron el ejemplo de su jefe, y el desastre se consumó en breves minutos.

Como era consiguiente, la persecución no podía ser eficaz entre el tupido y heridor chaparral, y se limitó, habiendo las fuerzas vencedoras recogido las armas abandonadas por el enemigo, al que se hicieron noventa y ocho prisioneros, así como los heridos de una y otra parte. Ejecutado esto, prosiguieron á Guevea, donde se rindió jornada, entrando al siguiente día 14, sin resistencia, á la ciudad de Tehuantepec.

«Dos días después de haberla ocupado,—dice el general,—supe por mis exploradores que un núcleo considerable del enemigo estaba en Tequisitlán; me dirigí á ese pueblo con 300 hombres, y después de una marcha de toda la noche, llegué á él á las siete de la mañana del día siguiente, en momentos en que los contrarios lo abandonaban precipitadamente. Les hice algunos muertos, no pudiendo perseguir á los fugitivos en larga distancia porque, como todos ellos eran de la localidad, y acostumbrados á la selva, que en el istmo es montuosa y espesa, se dispersaron completamente en los bosques para evadir la persecución.

»El día 18 tuve conocimiento en Tehuantepec, á donde había regresado, de que el enemigo se estaba reuniendo en una selva inmediata á Jalapa. Verifiqué otra batida, que dió por resultado hacerle algunos muertos y la captura de treinta y ocho prisioneros. El enemigo allí volvió á huir sin batirse, y advertí que su número disminuía considerablemente respecto del que advertimos en Tequisitlán.»

Visto por el general Díaz que las fuerzas regulares imperialistas, que antes sirvieran de núcleo á las otras, no habían vuelto á reunirse tras el golpe de La Chitova, y que las que restaban eran paisanaje de la localidad, que siempre se mostró afecto á la reacción y al Imperio; y tomando en cuenta la necesidad de dirigirse al interior del país, como de antemano lo tenía proyectado, en los primeros días de Enero de 1867 se resolvió á dejar en el istmo al capitán D. Carlos Pacheco, con algunas fuerzas; y él, con el mayor número, emprendió su marcha para Oaxaca, base de sus operaciones.

Los juchitecos, no obstante la movilidad de su carácter, seguían siendo enemigos irreconcilia-

bles de los imperialistas, y así se organizó con ellos una fuerza de 150 hombres, que debía estarse relevando con vecinos del pueblo, y tal fuerza sirvió al capitán Pacheco para cubrir la ciudad de Tehuantepec, á fin de quedar expedito para hacer la persecución de los grupos contrarios, con su compañía del batallón Fieles de Oaxaca, que se dejó á sus órdenes.

Este valiente capitán, ante cuya reducida fuerza se animó la chusma enemiga, logró, el 3 de Febrero de 1867, darle una terrible sorpresa en Tlacolulita, de tal trascendencia, que no volvió, tras de la dispersión que allí sufriera, á dar señal de vida en parte alguna; á virtud de lo que, no juzgándose necesaria la presencia de dicho oficial en aquella región, se le mandó incorporar á la plaza de Oaxaca.

Pacheco, valiéndose de vericuetos extraviados y de la obscuridad de la noche, la del día 2 de Febrero, llega sin ser sentido hasta el atrio de la iglesia de Tlacolulita, donde el enemigo estaba acantonado en número de 300 hombres; y en la madrugada del 3, sin disparar un solo tiro, y después de dar muerte á los centinelas á la bayoneta, verifica una verdadera matanza en el citado atrio.

Setenta y ocho cadáveres, al amanecer del 3 de Febrero, daban mudo testimonio del suceso que acababa de tener lugar, así como un botín de 270 fusiles.

Pacheco se atrevió á revolverse bravamente en medio de sus contrarios, sin saber hasta qué punto podrían resistirle, jugando en un solo golpe la suerte de las armas con sólo 120 soldados de Oaxaca.

Después, ya lo hemos dicho, se incorporó á la matriz del batallón de que formaba parte, fué ascendido á comandante y siempre lo distinguió el general Díaz, hasta llegar por sus nuevos méritos á ocupar, como en otra parte se ha expresado, los más altos puestos en el ejército y en el gobierno de la República.

A su regreso á la capital de Oaxaca, el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente encontró al señor licenciado D. Justo Benítez, que había vuelto de Estados Unidos, á donde lo había mandado en comisión del servicio, y desde luego le dió el cargo de secretario del cuartel general.

El general Díaz, hablando de ese hombre, por muchos títulos notable, dice al referirse á la época á que hacemos mérito:

«El principal objeto de la misión que di á Benítez, en 1865, cuando estaba para evadirme de Puebla, cerca del señor Romero, ministro plenipotenciario en Wáshington, era obtener por su medio del señor Juárez, que se encontraba en la frontera del Norte, armas y algunos fondos que me permitieran hacer la guerra, para no verme en el duro caso de exigir mucho de las pequeñas y pobres poblaciones donde yo tenía que ejecutar mis primeras operaciones, que son siempre las más difíciles y costosas.

»Durante su ausencia, motivada por esa comisión, hice yo la campaña que comprende hasta mi vuelta de Tehuantepec. Después de su incorporación, siguió en la misma condición que tuvo en tiempo anterior, de secretario del cuartel general.

»Las relaciones que me estrechaban con él, no eran sólo las que correspondían á nuestra identidad de ideas y miras políticas, sino una amistad casi fraternal, aunque mantenida con mucho trabajo por mi parte, por su carácter duro y su rigidez de opiniones sobre todas materias.»

El licenciado Benítez, aunque un poco tarde, no llegaba con las manos vacías: acompañado del

general D. Pedro Baranda, traía cargado el vapor *Vixen*, con armamento y otros pertrechos de guerra, que con acuerdo del señor presidente Juárez, se habían comprado en Estados Unidos por el señor ministro D. Matías Romero, para que se enviaran al Oriente.

En marcha para Tehuantepec, había tenido el general Díaz noticia de la llegada del cargamento dicho á Minatitlán, y mandó que fuera entregado al capitán de ingenieros D. Lorenzo Pérez Castro, á cuyas órdenes puso, al efecto, fuerzas de guardia nacional de los pueblos de la costa de Veracruz.

Recibió una parte de ese convoy, el citado señor general Díaz, á su regreso de Tehuantepec á Oaxaca; y el resto, cuando se dirigía sobre Puebla.

Otras novedades halló el general en jefe á su regreso, y no dejaremos de dar cuenta de una de las que, por aquellos días, causaron cierta impresión en la ciudad.

Las fuerzas que estaban en los pueblos diversos, como las que últimamente habían quedado licenciadas en el Estado al marchar á Tehuantepec el general Díaz, aunque gozando de un relativo descanso, siempre se hallaban vigilantes en los lugares donde se encontraban, y especialmente en aquellos que lindaban con otros que, no ocupados por tropas republicanas, estaban libres para las imperialistas. Por eso obraban en ciertos casos por su propia iniciativa; pero como quiera que haya sido, el señor D. Juan Pablo Franco, partidario activo y entusiasta de la intervención francesa y el Imperio, y que por su influencia y posición social tanto daño hizo en Oaxaca á la causa de la independencia; este señor, que, bajo el régimen del enemigo, había servido el cargo de prefecto superior político en el Estado, con su escolta fué capturado en Tlacotepec por alguna de las fuerzas que no expedicionaban al lado del general Díaz, y se le juzgó conforme á la ley. Sobre el caso dice el citado señor general:

«No tardaron mis soldados de caballería, mandados por el teniente coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa, en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, á donde llegaron el 6 de Enero de 1867, antes de mi regreso de Tehuantepec.

»Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instruir el proceso correspondiente, y después de su tramitación regular y completa, y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado á muerte el 26 y pasado por las armas, en Oaxaca, el 30 de Enero de 1867, después de haber yo salido de aquella ciudad para Puebla.

»Fué fiscal en esa causa el teniente coronel D. Joaquín Ballesteros, asesorado por el auditor licenciado D. Ramón Rodríguez; y su defensor, el licenciado D. José Isaac Cañas, abogado muy distinguido en el foro de la localidad.»

Los escarmientos eran necesarios en la época, y bien se sabe que ellos producen más y más provechosos resultados según se deja caer su cuchilla sobre cabezas más elevadas.

Un incidente, que no sirvió por cierto para activar más ó menos la severa acción de la justicia, pero que da la medida del sentir de los contendientes en las luchas por la patria, ocurrió en aquel entonces, relacionándose con el suceso referente á Franco, y es por esto que damos conocimiento de él.

Don Justo Rodríguez, comerciante y agricultor de Yanhuitlán, entusiasta patriota, que ayudaba con sus modestos recursos á la causa de la República, fué fusilado en la época del gobierno de Franco en Oaxaca, por simpatizador y amigo de las fuerzas liberales; y en los instantes de ser llevado á la ejecución, recomendó á su hermano, pintor protegido por el general Díaz, que lo retratará cuando estuviera caído y desgarrado por las balas, con el lodo del fangal donde iba á dárselo

muerte, y con la sangre de las heridas; y que su retrato así, lo llevara de su parte al general, con encargo de que lo viera cuando se le pidiera gracia para algún traidor. El deudo artista cumplió la última voluntad del muerto y puso frente al jefe del cuerpo de ejército de Oriente el trágico cuadro, al saberse la aprehensión de Franco.

La llama de las pasiones hasta de las tumbas brotaba, en la época de esa guerra de independencia á muerte. Así se explica que los pueblos débiles, excitados por la vehemencia de su sentir, multipliquen sus energías, hasta igualarse en la lucha con los poderosos.

Pero veamos cómo procedía en Oaxaca el general en jefe, para dar impulso al oleaje de guerreros que iba á arrojar al interior de la República:

«El 10 de Enero de 1867, — dice, — entré á Oaxaca, de regreso de Tehuantepec, y me ocupé activamente de organizar la campaña sobre Puebla.

»El armamento que me llegaba de Estados Unidos favoreció la organización de la columna de tropas con que debía emprender mis operaciones, y cuya organización é instrucción había dejado encomendada al general D. Alejandro García. Encontré que aun no estaban concluidas la baterías rayadas que yo había mandado fundir y montar antes de salir para Tehuantepec, y que aun no estaba uniformada una brigada compuesta de los batallones 1.º, 2.º y 3.º de cazadores de Oaxaca; por lo que reencargué todo el trabajo relativo al citado general García, y además el especial de los batallones al jefe de dicha brigada, general D. Manuel González.

»No siendo suficientes para esa campaña las fuerzas que traía conmigo y las que se formaban de cazadores y otras en la ciudad, ni las demás obligadas á incorporármeme de los pueblos, antes puestas en descanso, extendí mi acción y mis esfuerzos á los Estados de Puebla, Veracruz, México y Tlaxcala; y con este propósito, y estando todavía en la ciudad de Oaxaca, destacué con sus respectivos núcleos, y con objeto de aumentarlos, al general D. Luis Pérez Figueroa á los distritos de Tuxtepec y Teotitlán de aquel Estado, con orden de concurrir, algunos días después, al valle de Ixcaquistla; á los generales D. Juan N. Méndez y D. Ignacio R. Alatorre al Norte de Puebla y Estado de Veracruz respectivamente, para concurrir al lugar que yo designaría en una orden al efecto; y al coronel D. Cristóbal Palacios á los distritos de Tepeaca y San Andrés Chalchicomula, de Puebla, y á la parte oriental del Estado de Tlaxcala. Al coronel Rodríguez Bocado, que había desertado del Imperio y se había puesto á mis órdenes, le mandé que permaneciera y mejorara sus tropas en la ciudad de Tlaxcala, donde se hallaba; al coronel D. Anastasio Roldán, servidor del Imperio, y que también se había puesto á mi disposición con 200 caballos, le ordené que continuara en Acajete y amagara á Puebla por el rumbo de Ayotla; al general D. Rafael Cuéllar le había mandado que organizara fuerzas de infantería y de caballería en los distritos de Chalco y Xochimilco y contiguos al Estado de México; y al coronel D. Florentino Mercado, que organizara asimismo la fuerza de caballería que pudiera en los llanos de Apam. Desde antes de mi salida á Tehuantepec se habían anticipado combinaciones sobre la mayor parte de los trabajos de reclutamiento, el cual esperaba yo se hiciera en un mes, tiempo que en el citado Tehuantepec fué debidamente aprovechado.

»El 26 de Enero de 1867 salí de Oaxaca para Acatlán, del Estado de Puebla, con una escolta de caballería de unos trescientos hombres, con el doble objeto de empezar allí á servir de centro de reunión y observar de cerca las operaciones del enemigo, así como de proteger al coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, que había avanzado con unos cuantos infantes para posesionarse de Matamoros-Izúcar y aumentar allí su número.

»El general D. Vicente Ramos, que se había dirigido á inspeccionar la organización de las fuerzas que se levantaban en los distritos del Sur de Puebla, murió desgraciadamente cuando comenzaba á desempeñar ese servicio, que encomendé después al general D. Manuel Toro.

»Permanecí en Acatlán como dos semanas, esperando la incorporación de las primeras fuerzas de los Estados limítrofes.»

Algunos sucesos tuvieron lugar en Acatlán, que no se explicarían si no diéramos una sucinta idea de los acontecimientos que se habían desarrollado en todo el país en los últimos meses de 1866 y en los primeros días de 1867, á que llegamos en nuestra especial reseña.

Empecemos por expresar las condiciones políticas y militares de lo que se llamaba Imperio.

Bazaine, que contaba con que Maximiliano abdicaría, y que así gestionaría con el gobierno que quedara en México algún arreglo para el reconocimiento de la deuda francesa, pues tales instrucciones se le dieron á última hora, se vió contrariado cuando supo la resolución definitiva del citado Maximiliano de quedarse en el país, para sostenerse con los elementos que en el mismo se le ofrecieran por los conservadores. Así es que le retiró toda ayuda, y aun procuró que los soldados extranjeros que se habían alistado en el servicio del emperador, dejaran sus banderas.

Márquez y Miramón, que habían sido antes enviados al extranjero, desembarcaban en Veracruz y luego obtuvieron puestos cerca del emperador: serían sus tenientes en la guerra que había que seguir. En una proclama de 1.º de Diciembre de 1866, expuso á la nación que estaba resuelto á permanecer en su puesto hasta el último trance. La suerte estaba echada: Maximiliano, como César, había pasado el Rubicón; pero no lo hacía al frente de un ejército acostumbrado á vencer, y con espada en mano para imponerse al enemigo. El brillante caballero de una corte europea, amigo de las ciencias y de las artes, lleno de refinamientos y vacilaciones, fatalista y soñador, no era hombre que pudiera por sí mismo conquistarse un imperio en una tierra agitada por cincuenta años de sangrientas luchas; y si á 40.000 franceses no les fué dable ocupar en paz ni un solo Estado de la República, mal podía aquel príncipe, designado por la fatalidad, entregarse á las rudas tareas de organización militar, á las fatigas de las campañas y á los sacrificios de una guerra entre montañas y desiertos para afirmar su desquiciado trono.

El 13 de Diciembre había dispuesto el gobierno imperial que, además de las fuerzas existentes, se formaran tres cuerpos de ejército, mandados respectivamente por Miramón, Márquez y Mejía. Mientras esto ocurría, las fuerzas republicanas avanzaban y avanzaban, según que las tropas francesas iban dejando guarnecidas las plazas que anteriormente ocupaban por sólo soldados imperialistas.

El general Corona, con los coroneles Parra y Guerra, desprendía una brigada á Jalisco, que hizo temeraria travesía por el entonces *lozadeño* cantón de Tepic, el que franquea y llega al Sur de Jalisco, donde ya había algunas fuerzas republicanas. El citado general ocupa el puerto de Mazatlán á la vista de los franceses, que lo evacuaron tomando buques al efecto.

Como inundación, las fuerzas republicanas, cual antes expresamos, iban invadiendo los lugares desocupados por las tropas francesas en el interior, y las del Norte avanzaban veloces; las imperiales mexicanas eran impotentes para servirles de dique. El general Bazaine había anunciado á Maximiliano que no podría sostenerse, pero no previó tan rápido derrumbamiento. Serias desavenencias surgieron entre dicho jefe y el emperador, que les hicieron romper del todo sus relaciones.

A Márquez se le había nombrado en la capital comandante en jefe, y con su acostumbrada actividad y energía procedió á reclutar tropas. Los demás jefes conservadores no habían perdido el

tiempo; Mejía organizaba también fuerzas en Querétaro; Miramón había salido de la capital con un núcleo de jefes, oficiales y sargentos, rumbo al mismo Querétaro, con cuyo núcleo de 400 hombres, en que iban muchos franceses voluntarios, debía formar una división. Se dispuso, al efecto, que los restos de la guarnición que salieran de Guadalajara lo esperasen en León, y que D. Severo del Castillo se alistara para moverse á San Luis Potosí.

El 15 de Enero de 1867, el general Castagny, concluida la concentración de las fuerzas francesas, entraba en México con los últimos cuerpos. Desde luego se ordenó que los trenes, ambulancias y el resto de la impedimenta avanzaran á Veracruz con las escoltas respectivas, y que se fuesen escalonando tropas en tal dirección para darles seguridad. El 5 de Febrero fué el día señalado para la salida de la columna principal de México, que debía ser la última, y á cuyo frente se pondría el mismo Bazaine.

En el citado mes de Enero de 1867 Corona llegaba á Guadalajara, marchaba sobre Colima y destinaba una brigada, con Márquez de León, para que atacase á Zamora. La primera ciudad capitula, y la segunda es tomada á viva fuerza por la brigada dicha y por fuerzas del general Régules, que con ella se combinaron. En los primeros días del mismo mes, el general D. Severo del Castillo se desprendía, por acuerdo de Miramón, con 2.000 hombres, con dirección á San Luis. Miramón lo verifica á León, donde estaba, procedente de Guadalajara, el general Gutiérrez Estrada; con 1.500 soldados marchó luego de allí rápidamente sobre Zacatecas, á donde acababa de llegar el gobierno de Juárez, y el 27 tomó la plaza.

Creyó el jefe imperialista que ya el general Castillo estaría sobre San Luis, y que Licéaga, que tenía que hacer una operación previa contra Antillón, ya se le habría incorporado para poder atacar aquella ciudad, que ocupaba el general Escobedo. Efectivamente, el expresado Licéaga salió de Guanajuato hacia Silao sobre Antillón; mas éste eludió el combate y procuró reunirse con el coronel Rincón Gallardo. Reforzado con las tropas del mismo, se adelantó á encontrar al enemigo, que regresó violentamente al punto de partida, y atacado en Guanajuato fué vencido y se refugió en Querétaro con Mejía. Este suceso daba la explicación de la detención de Castillo.

Todo esto tenía lugar cuando Porfirio Díaz obtenía los sucesivos importantes triunfos de Miahuatlán, La Carbonera, Oaxaca y Tehuantepec, y sin dejar un solo enemigo á retaguardia, se lanzaba al interior.

Bazaine, que por una parte quería atender á las instrucciones de Napoleón, para no dejar á Maximiliano en México en tan graves circunstancias, que auguraban el trágico fin de su Imperio; y por otra, hallando en el archiduque una resistencia hostil á sus indicaciones, que agrió su ánimo, acabó por despecharse y hacer ostensibles demostraciones de desafecto al citado archiduque. Por otro lado, pretendía verificar cualquier arreglo, que juzgaba imposible mientras Juárez llevase en sus manos la bandera de la República, y tentó primero al bien pronto inutilizado González Ortega, y luego al general Díaz, cuyo poder conocía y avaloraba.

Pero sea cual hubiese sido: estaban en marcha para Europa las tropas francesas, retrocediendo por todas partes las imperialistas, entre las cuales habían quedado, enganchados como voluntarios, pocos soldados de aquéllas y las fuerzas belgas y austriacas; las republicanas invadían con su avance el interior del país, y el general Díaz, por el Oriente, ya se dirigía á Puebla, para seguir luego á la misma capital de la República.

Al efecto, para reunir sus contingentes, lo hemos dejado avanzado en Acatlán.